

Presentación. Experiencias contemporáneas de sentido

“¿Tiene todo este sufrimiento, estas muertes en torno mío, algún sentido? Porque si no, definitivamente, la supervivencia no tiene sentido, pues la vida cuyo significado depende de una casualidad —ya se sobreviva o se escape a ella— en último término no merece ser vivida.”

Víctor Frankl

El Dr. Frankl, psiquiatra y sobreviviente de los campos de concentración, solía preguntar a sus pacientes aquejados de depresión o de múltiples padecimientos, más o menos importantes: “¿Por qué no se suicida usted?”, como habría podido hacer un cínico o un estoico clásico. Recordemos a Zenon de Citio que, según la tradición, se suicidó cuando tropezó y se rompió un dedo diciéndose: “¿Para qué uno debe seguir viviendo con alguna molestia, por más pasajera y pequeña que sea, cuando la vida y la muerte son indistintas para el hombre inteligente?”. Sin embargo, la mayoría de los pacientes de Frankl seguían aferrándose a la vida y encontrándole algún sentido por tenue que fuese: los hijos, un amigo, un talento, una habilidad sin explotar, unos cuantos recuerdos que merece la pena rescatar del olvido, una esperanza, un Dios. Con lo cual, Frankl concluía citando a Nietzsche que “Quien tiene un porqué para vivir, encontrará casi siempre el cómo”.

Este porqué fue decisivo para Víctor Frankl. El sinsentido parecía una obviedad en el campo de concentración. Muchos dejaron de querer vivir. Él descubrió que al menos no podían quitarle toda la libertad. Podía suicidarse, podía dejarse morir,

podía morir digna y confiadamente, podía intentar sobrevivir a cualquier precio, o podía intentar sobrevivir por algo o por alguien: “El hombre es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración”.

Frankl decidió sobrevivir porque para él la vida tenía sentido. El hambre, la humillación y la cólera ante la injusticia las pudo sobrellevar a través de las imágenes entrañables de las personas amadas, de su religión, de un tenaz sentido del humor, e incluso de un vislumbrar la belleza estimulante de la naturaleza: un árbol, una puesta de sol.

Para muchos de los habitantes del planeta, la situación hoy no es muy diferente a la que plantea Frankl. Piénsese en las penurias de la guerra en Siria y en Irak, en sus éxodos masivos, en las largas colas de personas cruzando los estados europeos y pidiendo refugio. Su situación desesperada y sus ansias de vivir contrasta con el vacío existencial de muchos de los habitantes del occidente acomodado y postmoderno. Un vacío hasta cierto punto lógico si pensamos que las tradicio-

nes religiosas e ideas modernas que han orientado hasta ahora nuestra conducta se están diluyendo a pasos agigantados. Podemos y tenemos que tomar decisiones sobre todo y nos cansa reflexionar. Muchas veces no sabemos ni siquiera lo que le nos gustaría hacer ni cual es nuestro verdadero deseo.

Lo peor no es el vacío existencial en sí, sino que éste se manifiesta enmascarado con diversas caretas y disfraces. El más típico y extendido es el que sustituye la voluntad de sentido por la voluntad de poder y la voluntad de tener más y más dinero. Damos al traste con lo mejor que nos ofrece la vida convirtiendo la poesía, la conversación, la reflexión y la amistad en mercancías y objetos de intercambio. O sustituimos el riesgo y la aventura que supone el pensar por el conformismo de hacer lo que otras personas hacen o, mucho peor, por lo que otras personas quieren que hagamos.

Los seres humanos tenemos muchas estrategias para reprimir preguntas fundamentales como la pregunta por el sentido, el valor y el porqué de nuestra vida y nuestra muerte, pero precisamente las podemos reprimir porque las preguntas están allí y pueden aflorar en algún momento o circunstancia. De hecho, nuestro modo de vivir es muchas veces una manera tácita de responder a la pregunta latente por el sentido de la vida. Joan Ordi dice en esta misma revista que el ser humano es “promesa de sentido”,

La pregunta admite desde luego muchísimas respuestas. Podría ser que la vida, el mundo y las cosas a los que estamos abiertos fuera un inmenso, brutal y trágico sinsentido por lo que valdría más ser

como un pájaro que sólo vuela y que no se pregunta por el sentido de su volar. O quizás sería mejor callar, ya que nunca vamos a poder encontrar una respuesta plenamente satisfactoria, aceptar los límites del entendimiento humano y plantearnos solo problemas que pueden encontrar solución. Pero éstas son a su vez respuestas a la pregunta por el sentido, como lo es el intento de reprimir la pregunta o de distraerse de ella. La cuestión, de un modo u otro, afecta a todos los seres humanos en todas las culturas. La respuesta, sin embargo, por bella, atractiva, elaborada y racional que sea, no suprime nunca la pregunta, ni la colma enteramente. Ella persiste a través de todas las respuestas como una apertura, grieta o herida siempre inclausurable.

En el fondo cada una de las 7000 millones de personas que vivimos actualmente en el mundo constituye una experiencia singular, una manera única de estar en el mundo y de responder a la pregunta por el sentido. Algunas respuestas se recubren, otras son más o menos parecidas. Ninguna es idéntica. No es verdad que esta pregunta sea solo para gente rica o acomodada. Al contrario. Es muchas veces entre los pobres, en su diaria confrontación a la muerte, donde aflora más fácilmente.

Bajo el título *Experiencias contemporáneas de sentido* hemos querido interrogar a distintas personas, algunas amigas, que se han planteado explícitamente la cuestión, no solo para saber cómo la han resuelto, muchas veces a trancas y a barrancas, sino también para admirar las veredas que recorren, porque estamos convencidos de que cuando tocamos fibras profundas, cuando el pensar

se vuelve balbuceante, alguna parte de nosotros, por más diferentes que sean nuestros caminos, también vibra en los demás.

Hemos buscado personas honestas, libres y abiertas a otras perspectivas. No piensan igual. En muchos casos muy diferente. Pero todas coinciden en pensar y en intentar llevar las riendas de sus propias vidas por los caminos de su reflexión. Desde luego, no llegan a ser ni una muestra de las principales vías del pensar. Hay ausencias notorias como las vías hinduistas, politeístas, o los ateísmos no humanistas. Habría que ver este segundo número de la revista más bien como una pequeña cata de la diversidad y del problema del vivir.

Imaginemos que estamos perdidos en un llano una noche cerrada y que de pronto vemos caminantes que con su tenue luz frontal iluminan sendas posibles y que todos pasan en un momento dado ante cerca de nosotros. ¿No les preguntaríamos de dónde vienen y a dónde van? ¿No admiraríamos su coraje para andar en la noche? Quizás haríamos un trecho o todo el camino con alguno de ellos, quizás iniciaríamos nuestro propio camino.

En el drama *El atormentador de sí mismo* de Terencio, del siglo II a. C., un hombre ya mayor, Cremes, está muy preocupado por su amigo Menedemo que desde hace un tiempo trabaja incansablemente, siendo como es un hombre rico que no tiene necesidad de ello. Cuando le pregunta qué es lo que le sucede para actuar así Menedemo se irrita: “¿Tan desocupado estás, Cremes, de tus cosas, que te vaga pensar en las ajenas, y mayormente en las que no te importan nada?”. A lo que

Cremes responde con la divisa que ha caracterizado a los humanismos: “Hombre soy, y nada humano me es ajeno. Hazte cuenta que te lo amonesto, o si no, que te lo pregunto, para que si ello es bueno, yo también lo haga, y si no, te lo desaconseje.” Con la misma curiosidad, respeto, e interés de Cremes y con la alegría y el acompañamiento que supone ver en la noche otras luces, invitamos a los lectores a esta pequeña cata de respuestas a la pregunta que despierta el mero hecho de estar vivos.

Hemos querido explícitamente evitar hablar de “religión”, “mística”, “espiritualidad” “sagrado”, “metafísica”, “ontología”, porque son términos tremendamente complejos, de difícil precisión, que suelen significar cosas muy distintas según quién los utilice. A modo de ejemplo, en este mismo número encontramos cristianos como J. Casañas y A. González, que dicen serlo porque el cristianismo constituye la crítica más radical a toda religión. Un judío como D. Boyarín que no acepta el calificativo de religioso. Dos mujeres musulmanas musulmanes, R.G. Truyol, y N. H. Mediavilla, que hablan de un Islam lleno de sentido también para los occidentales, las mujeres incluso. Un budista como S. Batchelor que critica las cadenas religiosas. Ateos como A. Comte-Spontville, que propone un ateísmo humanista, o como L. Ferry, que habla del amor como algo sagrado. Un filósofo i poeta como J. Llanes que siente el aliento del Fundamento en el paisaje y convierte esa experiencia en la base de un modo radical de vivir. Por eso, preferimos hablar de modos de estar en el mundo, de expresiones y experiencias contemporáneas de sentido.

Por último, queremos destacar en todos los autores ciertas coincidencias: un punto de encuentro en la pregunta; un ensayo de respuesta con cierto temor y temblor; una conciencia clara de que la pregunta por el sentido no encuentra respuesta en la ciencia (no son científicistas); una libertad frente a las ortodoxias; una apertura a los que piensan diferente; un enraizamiento en la experiencia vital; una gran honestidad ética e intelectual y el asombro en todos de vivir y estar en el mundo, pues sin él la vida y la muerte no produciría, ni en el autor ni en los posibles lectores, ningún tipo de emoción intelectual, ni de vértigo.

Jordi Corominas y Joan Albert Vicens